P.O. hisp.
184 p
(36)

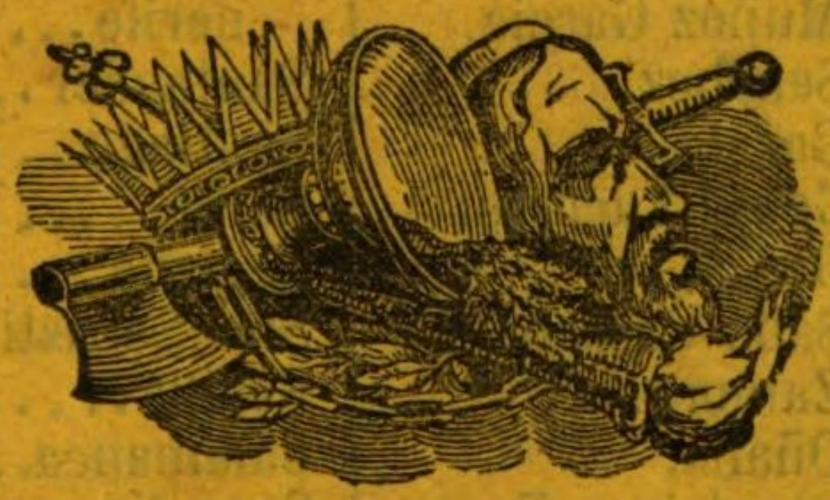
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL BELLO IDEAL,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos.
Algeciras.....	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Aranjuez.....	Prado.
Avila.....	Rico.
Badajoz.....	Orduña.
Barcelona	Viuda de Mayol.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	V. de Moraleda.
Castrourdiales ..	Saenz Falceto.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon.....	Gutierrez.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Chiclana	Sanchez.
Ecija	Garcia.
Figueras.....	Conte Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon.....	Sanz Crespo.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva.....	Osorno.
Huesca	Guillen.
Jaen.....	Idalgo.
Jerez.....	Bueno.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Zara y Suarez.
Lugo.....	Pujol y Masia.
Lorca.....	Delgado.
Logroño	Verdejo.
Loja.....	Cano.
Málaga.....	Cañavate.
Mataró.....	Abadal.
Motril	Ballesteros.
Murcia.....	Hermanos de Andrion.
Manzanares.....	Acebedo.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.....	Robles.
Oviedo.....	Palacio.
Osuna.....	Montero.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Palma del Rio...	Gamero.
Pontevedra.....	Cubeiro.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Puerto-Rico	Marquez.
Reus.....	Prins.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Esper.
San Fernando...	Meneses.
Santa Cruz de Tenerife.....	Ramirez.
Santander.....	Laparte.
Santiago	Escribano.
Soria	Rioja.
Segovia.....	Alonso.
San Sebastian...	Garralda.
Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.....	Clavel.
Tarragona.....	Aymat.
Toro	Tejedor.
Toledo.....	Hernandez.
Teruel.....	Castillo.
Tuy	Martz. de la Cruz.
Talavera	Castro.
Valencia	Moles.
Valladolid	Hernainz.
Vitoria.....	Galindo.
Villan.ª y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda	Treviño.
Zamora	Calamita
Zaragoza.....	V. Andrés.

EL BELLO IDEAL.

ET BETTO IDEVT

EL BELLO IDEAL,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

D. PEDRO ENRIQUE RAMOS.

Representada con aplauso en el teatro del Príncipe, á beneficio de la primera actriz Doña Josefa Palma, el 20 *de mayo de* 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA.....	Sra. Palma.
JULIA.....	Sta. Ossorio.
DOÑA PETRA.....	Sra. Valverde.
CLOTILDE.....	Sra. Tutor.
ENRIQUE.....	Sr. Ossorio.
ANDRÉS.....	Sr. Olona.
RICARDO.....	Sr. Mario.
D. TOMÁS.....	Sr. Chas de Lamotte.
D. GIL.....	Sr. Sunyé.

Caballeros, criados.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya celebrados ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los corresponsales de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de los derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

MURCIA.

Sala con puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, D. TOMÁS.

TOM. Quita, loquilla.
(Á Julia que le arregla la corbata.)
Ya estoy.

JULIA. Espérese usted, vá mal
la corbata.

TOM. ¡Qué mas tiene!
Julia, si lo mismo dá...

JULIA. ¡Jesus! qué prisa. Pues cuando
viste usted de militar
bien procura ..

TOM. Ciertamente,
me acicalo un poco mas,
porque no quiero que al verme
digan, que soy oficial
de *cuchara*.—Ese es el nombre
que vulgarmente se dá
al que, por ejemplo, asciende
de soldado á capitan.

JULIA. Mírese usted al espejo.
TOM. ¡Jem! ¡muy bien! Aire marcial.
(Mirándose con satisfaccion.)
JULIA. Vaya, parece usté un jóven.
TOM. Esa es la fatalidad,
parecerlo. (Julia se sienta pensativa.)
—Este bigote
canoso vá estando ya,
¡y cuidado si era negro!...
—como la mora.—La edad
hace de lo negro blanco.
(Al volverse observa que Julia está triste.)
—¿Qué tienes? (Acercándose con solicitud.)
JULIA. Yo, nada.
TOM. Estás
algo triste, y me acaricias
menos.
JULIA. ¿Quiere usted callar? (Yendo á él.)
TOM. Vamos, ¿te ha dicho algo Andrés
que te ha enojado quizá?...
JULIA. Pobrecillo, cuando siempre
es complacerme su afan.
No tiene la culpa él.
TOM. Entonces es otro. No hay
disculpa. ¡Comprendo! Enrique.
JULIA. Señor...
TOM. Vaya, tú creerás
que no he notado, y con gusto,
que él te mira mucho... ¡Bah!
No te pongas encarnada.
¡Hay cosa mas natural!
Él es jóven, tú bonita...
JULIA. De amor no me habló jamás.
TOM. No importa. Las apariencias...
dia al cabo llegará
en que me pida tu mano...
—y mira, me he dicho en mas
de una ocasion... si él la quiere
yo poco puedo durar...
JULIA. Señor...
TOM Y ya que mi apoyo
la falte, bueno será

que lo encuentre en un esposo.
Solo tu felicidad
deseo, Julia.

JULIA. Lo sé.
Hartas pruebas tengo ya
recibidas. Me acogió
huérfana, en temprana edad.
Usted y su buena esposa
con cariño paternal
han cuidado de mi infancia...

TOM. No hicimos nada de mas.
La prueba es que en recompensa
de esa accion muy natural,
tú nos has hecho felices;
nos cuidas... Andrés, verdad
es que nos ama, pero es
hombre, y médico ademas.
Siempre está ocupado.—Asi,
aunque niña, muy formal,
llevas el cargo de casa,
cuidas de lo poco que hay,
de manera que aun salimos
debiéndote. (La abraza.)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA PETRA, por el fondo, seguida de un criado con un cesto.

PET Bueno vá.
Juntos y en conversacion,
mientras yo hecha un azacan
he corrido medio Murcia.
(Julia le pone una silla.)

TOM. ¿Qué has comprado?

PET. Infinidad
de cosas: ¿quereis un dulce?

JULIA. No, se nos van á quitar
las ganas.

PETRA. Entonces vete (Al criado.)
á la cocina. (Váse el criado.)

TOM. Tú harás
de modo que la comida

sea espléndida. Hay que echar
la casa por la ventana.

PETRA. Descuida, que asi se hará. (Á Julia.)
—La fruta está por los cielos,
los buenos vinos igual,
y tan caro, hija, está todo
que es una barbaridad.

TOM. No importa, Amalia es la hija
de un antiguo militar,
compañero mio, y quiero
obsequiarla.

PETRA. Ya verás...
Yo creo que la comida
es digna de un cardenal:
como si aun hubiera poco
con tanta cosa como hay,
hemos hecho esta mañana
una fuente colosal
de natillas...

TOM. ¿Si? ¿De veras?

PETRA. Hijo, te vas á chupar
los dedos.

TOM. Les habrás puesto
su canela... eso les dá
buen sabor.

PETRA. ¡Mira qué tonto! (A Julia.)
No, que se me iba á olvidar.
Pregunta á Andrés si estan buenas,
que las ha probado ya.

TOM. Ese siempre llega á tiempo.

PETRA. Tu conocida, Tomás,
no irá quejosa de mí
á Madrid.

JULIA. ¿Cuándo se vá?

TOM. Mañana. Vóime á su casa
que esperándome estarán
ella y su primo. (Se dirige á la puerta del fondo.)

PETRA. Y tú aun... (A Julia.)
sin vestirte.

ENR. ¡Alto!
(Entrando y estorbando el paso á D. Tomás.)

JULIA. ¡Ah! (Volviéndose con alegria.)

ESCENA III.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. ¿Cómo vamos? (Alargando la mano á D. Tomás.)
—Adios, Julia. (Acercándose.)
JULIA. Ya era tiempo.
ENR. ¿Y usted tan (Á Doña Petra.)
buena?
PETRA. ¡Pícaro! Dos dias
sin parecer por acá.
JULIA. No, tres.
ENR. Las ocupaciones ..
PETRA. Si, si, buenas estarán.
TOM. Y hoy á no haberle invitado
á que se dignara honrar
nuestra mesa...
ENR. No, de todos
modos intencion formal
tenia de venir hoy,
aun cuando no fuera mas
que á despedirme.
JULIA. (¡Dios mio!)
TOM. ¿Se vá usted?
JULIA. ¡A Madrid quizás!
PETRA. ¿Á la córte?
ENR Si, señora,
si es que me llego á marchar...
No estoy aun decidido.
PETRA. Niña, vamos á cambiar
de traje.
TOM. Si, si; á ponerse
elegantes.
JULIA. (¿Si se irá?)

(Entra Doña Petra y Julia por la izquierda. Enrique sigue con la vista á Julia.)

ESCENA IV.

D. TOMÁS, ENRIQUE

TOM. ¿Con que se nos vá usted?
ENR. Si,
tal vez lo haga de un momento
á otro.
TOM. ¡Cuánto lo siento!
vaya, ¿qué vá á ser de mí?
El motivo es muy sencillo,
nos apreciamos los dos;
y si usted se marcha... adios
mi partida de tresillo!
—No por eso, por supuesto,
me pesa que usted se ausente.
Mas ¿cómo tan de repente...
ese viaje ha dispuesto?
ENR. Diré á usted; la reflexion
me ha hecho ver con claridad
que ahora me encuentro en edad
de hacerme una posicion.
Aunque en la vida pausada
de provincia encuentro goces,
esto, como usted conoce,
promete muy poco ó nada.
Quiero abandonar el foro;
me veo hecho un azacan,
y todo por el afan
de ganar un poco de oro.
¡Si al fin saliera de apuros!..
pero ese empeño es en vano;
porque el año que mas, gano
algunos seiscientos duros.
ya vé usted qué delicioso
porvenir me está esperando.
TOM. ¿Mejorará abandonando
lo cierto por lo dudoso?
Creo que es un disparate
dejarse ir á merced
de la suerte; puede usted

sucumbir en el combate.
Aqui justa admiracion
su talento se ha grangeado,
y es usted por lo estimado
el rey de la poblacion.
¡Bah! trabaje usted, con ello
honra y provecho se gana,
y si le hacen juez mañana
ya su porvenir es bello.

ENR. No, fuera en mí una sandez
ambicionar ese nombre.

TOM. ¿Por qué?

ENR. Un juez no es un hombre.

TOM. ¿Pues qué es entonces?

ENR. Un juez.
Yo que vivir necesito
á mis anchas, sin mas norte...
—Un juez, fuera de la córte
tiene que ser un bendito.
Si por divertirse aboga
son inútiles sus artes,
que en provincia á todas partes
tiene que llevar la toga;
si la tóga le molesta
á quitársela se atreve,
pero aun cuando él no la lleve
las gentes se la ven puesta.
No puede ir á una orgia,
que es dar ejemplo funesto,
y en las tertulias, su puesto
es el que ocupa en la Guia.
Si es de alegre condicion
tiene que mostrarse sério;
su sagrado ministerio
pide esa transformacion.
Si se rie, ya es un mal;
pues muchos juzgan preciso
que antes le pida permiso
al Supremo Tribunal.
Si enamora á la vecina
toda la gente se asusta,
y mucho mas si le gusta

el pié de una bailarina.
Todo le está prohibido,
todo lo que hace comentan,
sus aventuras se cuentan
con asombro indefinido.
Para acabar de una vez,
aborrezco cordialmente
la carrera, y... francamente,
¿tengo yo cara de juez?...

TOM. (Pobre Julia, no la quiere.)

ENR. Nada, voy sin falta alguna
á la córte á hacer fortuna,
y venga lo que viniere.

TOM. Supuesto que se halla usté
decidido, segun veo,
de que logre su deseo...
yo, Enrique, me alegraré.
Solo advertirle me resta,
que si á usted, como lo espero,
le hace falta algun dinero,
(Movimiento de Enrique.)
no se dá lo que se presta!
—Franqueza con la amistad.
Usted bien poco habrá ahorrado.

ENR. Es asi, estoy mas tronado
que un dia de tempestad.

TOM. Por eso mismo le advierto...

ENR. No.

TOM. Poco franco le miro.
No tengo mas que el retiro
de coronel, es muy cierto.
Pero de tiempos mas bellos
en que no tenia apuros
me quedan algunos duros...
puede usted disponer de ellos.

ENR. ¡Admito oferta tan noble!
con ocho mil reales tengo
lo suficiente.

TOM. Le prevengo
que necesitará el doble.
Usté, en Madrid educado,
sabrá, y yendo asi en mi abono,

que allí el darse cierto tono
conduce á un buen resultado.
Estoy de ello convencido
sin que la razon me roben.
Una vez, siendo yo jóven,
fuí á la córte, decidido
á conseguir una cosa
que era justa en mi opinion;
habia mi pretension
hasta entonces sido ociosa.
Llegué, dí alguna comida,
tomé el aire de un marqués,
gasté... y al cabo de un mes
estaba ya conseguida.

ENR. Si, lo sé.

TOM. Cuando usted quiera
el dinero.

ENR. Con recibo.

TOM. Á qué fórmulas, si vivo.
Eso... para cuando muera.

ESCENA V.

DICHOS,—ANDRÉS.

AND. ¡Tú aqui! (Viendo á Enrique.)
—Salud al mejor
de los tios.

TOM. Buena pieza.

AND. Vengo de hacer la visita,
no visita de etiqueta,
de ver mis enfermos, que es
la peor que hacer pudiera.
¡Qué maldita profesion!

TOM. ¡Cómo! ¿tambien tú reniegas?

AND. ¡Si le parece á usted poco!
Subir, bajar escaleras...
tirar de la campanilla...
entrar, no oir mas que quejas:
—¡Venga el pulso!—Esto vá bien.
—«A ver, saque usted la lengua,»

—y luego muere el enfermo,
y dicen que uno es un bestia:
—si por fortuna se salva...
—¡la divina Providencia!
«exclaman todos;»—reniego
del baston y la carrera.

TOM. Bueno, lo mismo que Enrique;
¡pero esto es una epidemia!

AND. ¿Y Julia?...

TOM. Está con tu tia
adentro.

AND. Pues voy á verla.
La he comprado unos pendientes.
(Queriendo entrar.)

TOM. Deja para cuando sea
mejor ocasion. No está
bien.

AND. ¡Pues cómo! ¿Se halla enferma?

TOM. ¡No es eso, hombre! Es que está triste.

AND. ¿Qué le han hecho?—Como sepa...

TOM. No hubo nada.

AND. Es que cuidado
con disgustarla.

ENR. (¿Su pena será por mi marcha?)
(Queda pensativo.)

TOM. Yo
dejo á ustedes, hasta la vuelta.
No tardaré... (Sale por el fondo.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, ANDRÉS.

AND. ¿Qué te pasa?
(Viéndolo distraido.)

ENR. Nada, una maldita idea
que la he desechado ya.

AND. Di, ¿prosigues con tu tema
de marcharte?

ENR. Si por cierto.

AND. No digo nada; te empeñas
en ello...—La verdad, chico,

tú te vas por la viajera.

ENR. Cabal.

AND. Lo sospeché. ¿Estás
enamorado de ella?

ENR. No.

AND. Vamos, si.

ENR. El alma, Andrés,
es como un reloj de arena;
forman sus dos recipientes
el corazon, la cabeza;
cuando el uno está vacio
prueba que el otro se llena...
¡aqui hay mucho!... (Señalando la cabeza.)
—Con que, chico,
saca tú la consecuencia.

AND. ¿Es decir que no es amor
sino cálculo el que llevas?

ENR. Es inmensamente rica
la tal viuda. Al defenderla
en el pleito que la trajo
aqui, y que ganó en primera
instancia, me convencí
de que es su fortuna inmensa.
Por esa razon de peso
me he decidido por ella.

AND. ¡Bravo! Asi podrás decir
que el amor que la profesas
es tan puro como el oro.
—Ha sido muy buena idea.

ENR. El trabajo, bien lo sabes,
dá muy poca recompensa,
y yo vivir necesito
en medio de la opulencia.
¡Ese es mi bello ideal!
No romperme la cabeza,
y hacer la vida de príncipe
ó ministro... En una época
en que al becerro de oro
se le acata y reverencia,
y en la que tantos imbéciles
en carruaje se pasean,
vivir como un artesano

es una mala vergüenza.
Nada .. la viuda me mira
y no con indiferencia.
El primo que la acompaña
me aborrece; lo cual prueba
que su prima le habla bien
de mí. Por algo se empieza.
—¡Ay, Andrés! un casamiento,
y de esa naturaleza,
es, á no dudar, seguro
puerto contra la miseria.
¡Es el non plus de la dicha,
la felicidad completa!...
—Vestir bien, jugar en grande,
buena casa, mejor mesa,
tener caballos, carruajes,
queridas!...

AND. ¡En eso piensas!
—Es decir que si te casas
con Amalia, la postergas...

ENR. No, la trataré con mimo,
guardaré las apariencias
y nada mas. ¿Cómo quieres
que la sea fiel si llega
á ser mi esposa, si solo
me ilusionan sus riquezas?

AND. Pues si conoces que nunca
has de llegar á quererla,
no ambiciones ese enlace.

ENR. ¿Y por qué no? ¡qué simpleza!
¿qué mal hay en ello, di?
—Todos los dias ¿no encuentras
miles de mujeres que
su mano, no su alma, entregan
á viejos septuagenarios
por el afan de una renta?
¿Y no sucede lo mismo
con muchos chicos de nuestra
edad, que por igual causa
se casan hasta con viejas
ridículas?...

AND. ¡Ya lo creo

Y con feas, ¡y muy feas!
ENR. Y sin embargo ya ves
que el mundo no les desprecia,
y que á veces no le causa
ni aun el asombro siquiera.
Y al fin esas bodas son
extravagantes; mas piensa
que si yo llego á casarme
es con una mujer bella,
y yo no soy un perdido:
—ya ves tú si hay diferencia.
AND. Bueno. Juliá viene aqui.
ENR. ¡Julia!... Que mi plan no sepa.

ESCENA VII.

DICHOS, —JULIA.

AND. ¡Qué traje!... Me haces tilin.
ENR. El color uzul la sienta
á usted bien.
AND. Como que tienes
los ojos como la tela: (Contemplándola.)
¡cuando te digo que me haces
tilin!.. Vaya, ¿á que no aciertas
lo que te he comprado?
JULIA. No.
AND. ¿Qué tienes? —Á ver. (Tomándola el pulso.)
JULIA. No, suelta.
AND. Vamos, será enfermedad
que los médicos no entiendan.
Mi tio dijo que estabas
triste, y es verdad.
JULIA. No creas...
—¿Y qué es lo que me has comprado?
AND. Estos pendientes.
ENR. (¡Tan bella
y dejarla!... no hay remedio,
lo que algo vale, algo cuesta!)
JULIA. Son muy lindos.
AND. Mucho. Creo
que no estarás descontenta.

JULIA. Yo nunca lo estoy de tí.
AND. Vamos, ¿por qué no me cuentas
lo que tienes si yo puedo...
JULIA. Mira, vé y se los enseñas
á tu tia.
AND. Vá á pedirme
otros, como si lo viera.
¿Dónde está?
JULIA. Arreglando todo
para disponer la mesa.
AND. ¿Tia? Aqui estoy yo. Ya puede
usted cerrar la despensa.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

JULIA, ENRIQUE.

ENR. ¡Qué buen muchacho es Andrés!
Yo doblemente le quiero
al ver que cifra su esmero
en agradarla.
JULIA. Asi es.
Juntos desde edad temprana
aqui nos hemos criado,
y Andrés siempre me ha tratado
como si fuera una hermana.
Apenas antojo leve
en mi rostro manifiesto,
ya le tiene usted dispuesto
á satisfacerlo en breve.
No es solo él. —Muestran empeño
todos aqui en desvivirse
por mí; pudiera decirse
que soy el niño pequeño
de la casa.
ENR. Y hacen bien.
¿Qué extraño es que en eso gocen,
si cuantos á usted conocen
un ángel en usted ven?
JULIA. ¡Un ángel!
ENR. Tengo razon.

Yo dije lo que sentí.

JULIA. Usted no lo siente asi.

ENR. ¡Julia!

JULIA. No.

ENR. ¿Es reconvencion?

JULIA. ¿Con que cuando se vá usté?
(Variando de tono.)

ENR. Ya he tomado el pasaporte.

JULIA. ¿Y se queda usté en la córte
á vivir?

ENR. Aun no lo sé.

JULIA. Dígame usted la verdad.

ENR. No comprendo hasta qué punto
le importe.

JULIA. Se lo pregunto
en nombre... de mi amistad.

ENR. Su amistad es muy preciosa.

JULIA. Acaso no vale nada.

ENR. Mas yo creí en su mirada
sorprender, Julia, otra cosa.

JULIA. ¿Qué?

ENR. Amor. —En su tristeza
vi la prueba hace un momento.
—Á usted le sobra talento,
Julia, hablemos con franqueza.

JULIA. Bien, no tema usted que insista
en no querer complacerle.
Empezaré por hacerle
ver que es usted egoista
un poco. Aun cuando razon
pudiera en eso tener,
¿para qué quiere saber
cuál es mi contestacion?

ENR. Porque en la lucha violenta
que á emprender voy con anhelo,
si sucumbo, es un consuelo
el saber que hay quien lo sienta.

JULIA. ¿Pues con qué objeto se vá?

ENR. Á ver si hago en mi carrera
adelanto.

JULIA. ¿La viajera,
no es el motivo quizá?

ENR. Bien puedo jurar á usted
que ella la causa no ha sido...
—Si yo hubiera conseguido
mejor posicion, merced
á mi talento no mas,
á la mujer hechicera
á quien amo, no la hubiera
abandonado jamás.

JULIA. ¿Usted ama?

ENR. Julia, si.
Amor que el silencio abona.

JULIA. ¿Y no obstante la abandona
alejándose de aqui?...
—No la quiere usted; si no
la ofreceria su nombre,
su posicion.

ENR. No le asombre,
hacerlo se me ocurrió.
Mas ví que la condenaba
á una mediania oscura.

JULIA. ¿Qué importa, si su ventura
ella en el amor cifraba?

ENR. Bueno será que usted note
que poseo poco ó nada.

JULIA. ¡Pues qué, un alma enamorada
no es un excetente dote!
—Si, Enrique, seamos justos.
Á veces el interés
en los matrimonios, es
mas bien causa de disgustos.
Si la esposa es rica, empieza
á temer al cabo ya
si el marido la amará
tan solo por su riqueza.
Á igual sospecha se lanza
en ese caso el esposo,
y nadie vive dichoso
con esa desconfianza.
—Por el contrario, un marido
que con su trabajo gana
el pan que parte mañana
con la mujer que ha elegido,

sabe que solo por él
es y será siempre amado,
y asi vive afortunado
siendo á su consorte fiel.
La esposa se lo agradece
siempre á la virtud propensa,
y sus afanes compensa
con el amor que le ofrece.
Mira que la dá aquel hombre
con el sudor de su frente
una posicion decente
en la sociedad, y un nombre.
Y fijo su pensamiento
en tan noble proceder,
procura corresponder
con santo comportamiento.
Que es difícil en verdad,
que á manchar su honor se atreva
la mujer que á un hombre deba
toda su felicidad.

ENR. (Con fuego.) ¡Julia!
¡Qué es lo que iba á hacer! (Conteniéndose.)

JULIA. (¡Ah!) (Observándole con pena.)

ENR. (¡Qué maldito trasporte!)

(Pausa. Julia se le acerca.)

JULIA. Debe usted irse á la córte.

PETRA. (Saliendo.) ¡Qué le aconsejas, mujer!

ESCENA IX.

DICHOS.—DOÑA PETRA.

PETRA. Vaya, tambien... son antojos.

ENR. No estaba resuelto aun.

PETRA. He puesto la mesa en un
abrir y cerrar de ojos.

ENR. ¿Y Andrés?

PETRA. ¿Ese calavera?
En su cuarto se ha metido.

ENR. Voy á verle. (Váse por la izquierda.)

JULIA. (Siguiéndole con la vista.)
(¡No he debido

ni aun pensar en él siquiera!)

ESCENA X.

JULIA, DOÑA PETRA.

PETRA. Cuál tarda... (Yendo hácia el fondo.)
Bueno será
que se pase la comida...
¡Ah! Di que esté prevenida
á la chica, aqui estan ya. (Entrando Julia.)

ESCENA XI.

DOÑA PETRA.—AMALIA, RICARDO, D. TOMAS.

RIC. Á los pies de usted.
AMAL. ¡Señora!
¿Tan buena?
PETRA. Yo, buena siempre.
RIC. ¿Y eso cuándo sucedió?
TOM. El año de veintisiete.
PETRA. ¡Ay! le compadezco á usted;
cuando anda con fechas este,
¡malo! Batalla tenemos.
RIC. Déjele usted.
TOM. Tú qué entiendes...
PETRA. Ni aun me deja hablar: si viera
usted qué mal genio tiene.
—¡Es un bendito! (Mas bajo á Amalia.)
RIC. ¿Y se halló
en esa batalla célebre
el padre de Amalia?
AMAL. ¡Cómo! (Volviéndose.)
TOM. Ya lo creo. Era un valiente.
Parece que le estoy viendo...
¡Oh! se portó como un héroe.
AMAL. ¡Pobre padre! Murió jóven.
TOM. Ruego á usted que me dispense
si he traido á su memoria
tal recuerdo...
AMAL. No le pese,

Todo al contrario. Despues
del dolor que el alma siente
perdiendo un objeto amado,
nos queda el consuelo siempre
de recordarlo.

PETRA. Verdad.

TOM. ¿Conque usted estudia leyes?

(Siguen hablando.)

AMAL. ¿Y Julia, por dónde anda?

PETRA. Cuidando de que lo arreglen
todo. Ella es el ama aqui.

AMAL. Se conoce que la quieren
ustedes mucho.

PETRA. Si tal.
Á las puertas de la muerte
nos la confió su padre...
¡qué buen hombre era!

TOM. Aqui vienen.

(Por Andrés y Enrique.)

ESCENA XII.

DICHOS,—ENRIQUE, ANDRÉS.

AND. Á los piés de usted, señora.

(Enrique saluda á Amalia.)

Y usted tan campante siempre. (Á Ricardo.)

RIC. Bueno. (Ya se puso á hablar con ella.)

(Amalia se sienta y sigue habando con Enrique.)

AMAL. ¿Conque se viene
usté á Madrid? Don Tomás
lo ha dicho.

ENR. Resueltamente
no lo sé.

AMAL. ¿Por qué motivo?

ENR. Hay obstáculos.

AMAL. Se vencen.

ENR. Es viaje del corazon.

AMAL. Razon de mas para hacerlo.

ENR. Tentado estoy.

AMAL. ¿Si? ¡pues ánimo!

ENR. Y si no me agradecen... (Con intencion.)

AMAL. ¡Quién sabe!
ENR. ¡Amalia!... y usted,
¿qué me aconseja?
AMAL. Que pruebe.
RIC. Prima, esta señora dice...
PETRA. Antes que ustedes nos dejen
quiero enseñarles la casa...
verá usted, es muy alegre.
Tiene unas luces...
AMAL. Si, vamos.
TOM. Caprichos de las mujeres.
AND. (A Enrique.)
¡Qué ojos te echaba el primito!
ENR. ¿No te lo dije? Anda, ofrécele
el brazo.
(Andrés dá el brazo á Amalia. Ricardo á Doña Petra. Vánse por la izquierda.)
ENR. (Á D. Tomás.) Mañana mismo
me voy á la córte.
TOM. ¿Quiere
usted ahora ese dinero?
ENR. No hay prisa.
TOM. Si, qué mas tiene;
véngase usted. (Yéndose por la derecha.)
ENR. (Si me caso
con Amalia hice mi suerte.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

MADRID.

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales y en el fondo. Balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

D. GIL, RICARDO. El primero sale por la derecha, el segundo por el fondo.

GIL. ¡Hola, pollo!
RIC. Buenos dias, tio.
GIL. ¿Cómo está tu madre?
RIC. Buena; ¿y mi prima?
GIL. En su cuarto. Acaba de levantarse.
RIC. ¿Tan tarde?
GIL. Si.
RIC. Verdad es que anoche estuvo de baile. La ví, y tambien á su esposo, que se entretuvo durante bailaba yo con Amalia,

en jugar.
GIL. Y lo probable
es que perdiera.
RIC. Quedó
á deber treinta mil reales.
GIL. Bueno vá.
RIC. Su amigo Luis
me lo ha dicho.
GIL. ¡Podrá darse
mayor descaro!... Á ese paso
no bastan los capitales
de Rostchild.
RIC. Usted, que cuida
los de Amalia, interesarse
deberia.
GIL. Si es en vano
que yo me queme la sangre...
¿De qué me sirve?... Ella no
quiere hacer caso de nadie.
Aconsejar á mujer
enamorada es en balde.
RIC. ¡Bonita boda! No pudo
hacer mayor disparate.
GIL. Qué quieres, el abogado,
hijo mio, supo darse
tan buena maña, que echó
por tierra todos tus planes
amorosos.
RIC. Las mujeres
no saben lo que les trae
cuenta.
GIL. Debes convenir
en que Enrique es mas galante
que tú.
RIC. ¡Bah!
GIL. Y mejor mozo.
RIC. Eso...
GIL. Tambien; —no te enfades.
RIC. Lo cierto es que si tuviera
vergüenza...
GIL. ¡Qué disparate!
Entonces no gastaria

coche, y eso es lo importante
en este siglo. No creas
que me quejo de que gaste
para vivir con holgura,
cual corresponde á su clase
y la de Amalia; mas veo
que derrocha... eso es infame.
Compra caballos, los cambia...
perdiendo siempre; en carruajes
gasta un dineral... ¡y juega
por añadidura!... ¡diantre!

RIC. ¿Y Amalia será feliz?

GIL. Alguna vez es probable
que se aburra... pero á él
no le importa... Semejante
á un jugador que es muy diestro
en el manejo de naipes,
y prosigue la partida
con otro que es menos hábil,
arrastra su vida junto
con la de ella, sin cuidarse
de consultarla.

RIC. ¡Qué lástima!
Ella tan buena... ¡es un ángel!
Y decir que la pospone
á una querida...

GIL. ¿Ahora sales (Con asombro.)
con eso?

RIC. Pues si es verdad,
y medio Madrid lo sabe.

GIL. Mira, tú le quieres mal...

RIC. No tema usted que le engañe.
Su amigo Luis me lo ha dicho.

GIL. Pero hombre, ese Luis... ¡qué diantre!
lo cuenta todo...

RIC. Ese es uno
de los que van esta tarde
á la comida que Enrique
dá en Aranjuez... y contándole
que yo no estaba invitado,
me dijo que no era fácil;
pues tal vez allí llevara

Enrique á la que es su amante.

GIL. ¡Tá, tá, tá, tá!... No faltaba
mas que eso.

RIC. Silencio. Él sale.

ESCENA II.

DICHOS,—ENRIQUE.

ENR. Adios. (Saluda á Ricardo.)
¿No se ha levantado (Á D. Gil.)
aun Amalia?

GIL. En este instante.
Á usted por lo visto no
le causó fatiga el baile.
Se acostó usted á las cuatro
y ya viene de la calle...

ENR. Hemos salido á probar
un tronco de potros árabes
que ha comprado Juan Aceña...
—¡soberbio par de animales!
Yo le daba á cambio de ellos,
los mios y diez mil reales
mas.

GIL. (No le importa gastar
mientras su mujer lo pague.)

ENR. ¿Qué?

GIL. No, nada.

ENR. Y á propósito;
luego vendrá aqui de parte
del vizconde... (Se acerca mas á D. Gil.)

RIC. Anoche creo
que le dió á usted mal el naipe.

ENR. ¿Eh?

RIC. El vizconde parece
que le ganó...

ENR. Ya; usted sabe...

RIC. Si, señor.

ENR. No, no lo extraño.
Anda usted á los alcances
de cuanto á mí me sucede...

RIC. ¡Caballero!

ENR. Y ahora me hace
usted un favor: asi
podrá su tio enterarse
de la cantidad que adeudo;
dígasela usted cuanto antes.
(Movimiento de Ricardo.)
Yo estoy de prisa. (Vá al fondo y llama.)

GIL. (Lo que es
esta no la paso.)

RIC. ¡Qué aire (A su tio.)
de proteccion! Yo me marcho
por no dar lugar á un lance.
(Vánse: entra un Criado.)

ESCENA III.

ENRIQUE, el CRIADO.

CRIADO. Señor.

ENR. Dentro de media hora
el coche.

CRIADO. Bien está.

ENR. Aguárdate. (Mas bajo.)
Véte á casa de *Samper*,
el de la calle del Cármen...
dí que te dé la pulsera
y el collar que ví ayer tarde.
Escucha: el collar lo llevas
á la casa que tú sabes.
Prontito.

CRIADO. Daré la vuelta,
señorito, en el instante. (Váse.)

ESCENA IV.

ENRIQUE,—AMALIA.

AMAL. Es decir, que tengo yo
que salir, Enrique, á darte
los buenos dias.

ENR. Amalia,
perdóname:—soy culpable,

lo confieso...—pero vino
mi amigo Juan á buscarme
muy temprano...

AMAL. Y los amigos
son antes que yo.

ENR. Ayer tarde
me invitó á almorzar...

AMAL. Si, ya:
ocupaciones tan graves
á un capricho como el mio
no deben sacrificarse. (Se sienta á la derecha.)

ENR. ¿Y te enojas? (Hago mal... (Pausa.)
pero aqui me aburro...)—Baste (Yendo á ella.)
ya de enojo.

AMAL. Si tú tienes
la culpa.

ENR. Hagamos las paces.
(Tomándola la mano.)

AMAL. Mira, Enrique, yo conozco
que es posible que te canse.

ENR. ¡Cansarme tú, vida mia!

AMAL. No quisiera un solo instante
estar de tí separada;
todo lo contrario haces.

ENR. Nadie mas que yo lo siente,
pero hay compromisos tales...
Hoy, porque no diga Andrés
cuando vuelva á sus hogares
que le he obsequiado poco,
vamos á pasar la tarde
á la quinta de Aranjuez;
mas si quieres que la pase
á tu lado, admito el cambio
gustoso.

AMAL. ¡Qué disparate!
No, Enrique, estan tus amigos
invitados... no les faltes.

ENR. Yo siento que tú no vengas,
pero en ello te empeñaste...

AMAL. Hombres solos se divierten
mas, y no quiero quitarles
ese gusto, Enrique mio.

ENR. Para mí no le hay mas grande
que verte cerca de mí.
Si, créeme; salgo á la calle,
y el pensamiento lo tengo
en tí.— Pruebas voy á darte.
—Ayer, al bajar al Prado,
como voy siempre acordándome
de mi esposa, paré el coche
junto á la calle del Cármen,
y entré en casa de *Samper*.

AMAL. ¿Qué has comprado?

ENR. Una elegante
pulsera, la traerán luego. (Se dispone para salir.)

AMAL. ¿Dónde vas?

ENR. Voy á arreglarme
un poco, estoy sin vestir;
y vendrá Andrés al instante.

AMAL. Te dejo marchar, no digas
que me muestro poco amable
contigo, pronto tendré
ocasion de desquitarme.
Si, no olvido que me diste
palabra formal de que antes
que llegue el verano iremos
á mi pueblo.

ENR. Si es tan grande (Con disgusto.)
tu empeño...

AMAL. ¿Lo sientes?

ENR. No.

AMAL. Enrique, quiero alejarme
de Madrid por algun tiempo.
Sus diversiones, sus bailes
me roban tu compañia
que es un dolor!—No te enfades,
me diste palabra...—Quiero
ver la casa en que mi madre
murió, el sitio en que nací,
y la aldea miserable
en que mi infancia tranquila
se deslizó sin pesares.
Repartiremos favores
á sus pobres habitantes,

todos en tu nombre... asi
será fuerza que lo alaben.
Haremos la vida alegre
del campo, y si á eso añades
que no estaré separada
de tí ni un momento casi,
considera cuán felices
seremos.

ENR. Es indudable.
(¡Bonita vida!) te dejo:
el tren á las cuatro sale...

AMAL. ¿Quieres que vaya esta noche
al teatro?... vendrás tarde
de Aranjuez.

ENR. Como tú quieras.

AMAL. Bueno, voy á hacer que manden
recado á mis primas, para
que esta noche me acompañen.
(Éntrase Enrique por la izquierda.)

ESCENA V.

AMALIA.

¡Si, me ama! algunas veces
al ver cuanto se distrae
lejos de mí, me figuro
que voy perdiendo gran parte
de su cariño .. No, no,
imposible es que me engañe.
—Sin embargo, anoche mismo
oí decir en el baile
que solo por conveniencia
aceptó Enrique este enlace.
—¡Si fuera asi!... Mas no puedo
creer tan indigno ultraje,
no es mi marido capaz
de bajeza semejante.
(Al salir, entra Ricardo por el foro derecha.)

ESCENA VI.

AMALIA, —RICARDO.

RIC. Felices, querida prima.
AMAL. Adios, Ricardo. ¿Qué te haces
por aqui?
RIC. Venia á verte.
Mas llegó á pocos instantes
tu esposo, y como yo...
AMAL. Si,
no le quieres bien, te entraste
en el cuarto de mi tio.
Mal hecho. Puerilidades
necias.
RIC. Prima...
AMAL. Y deberias
conociendo mi carácter,
siquiera por mí...
RIC. Es que yo
no puedo estar mas amable
con él.
AMAL. Es mi esposo.
RIC. Bien,
yo prentendí serlo antes.
AMAL. Dejémonos de niñadas.
Escucha, esta noche es fácil
que vaya al Teatro Real,
y quiero que me acompañen
tus hermanas.
RIC. Las diré
que vengan. ¿Á qué hora parte
tu esposo para Aranjuez?
AMAL. Dentro de breves instantes,
pero volverá esta noche:
si quieres que yo le hable
para que vayas tambien...
RIC. No, y aunque te interesases
de fijo recibirias
negativa de su parte.
No me quiere él por testigo

de vista.

AMAL. ¡Ricardo! ¿Sabes
lo que dices?

RIC. Si, es verdad: (Se acerca mas.)
mira, prima, ya es en balde
que lo oculte. Tu marido
te es infiel.

AMAL. Mientes.

RIC. ¡Qué arranques!

AMAL. Ricardo, te estás portando...

RIC. Rien, Amalia, eres un ángel,
y por lo mismo me indigna
que un hombre á quien tú sacaste
de la nada...

AMAL. Basta, nunca
vuelva yo á oirte esas frases,
ó me pondrás en el caso
de no volver á escucharte.

RIC. No hago mas que repetir
lo que oigo por todas partes.

AMAL. Es decir, que porque un hombre
su amor y su fé consagre
á una mujer rica, es
su conducta criticable.

RIC. Si él no la quiere...

AMAL. ¿Y Enrique?

RIC. Amaba antes de casarse...

AMAL. ¿Á Julia?

RIC. Si, y esta noche
á tú quinta es muy probable
que vaya una dama...

AMAL. ¡Oh!
Las pruebas... ¡qué disparate!
pues no creí...—Bien, Ricardo,
(Aparentando tranquilidad.)
te ruego que no me hables
mas de ese asunto.

RIC. (Toma el sombrero.) Me voy.

AMAL. (¿Será verdad?)
(Levantándose para preguntarle.)

RIC. ¿Qué?

AMAL. No, márchate,

(Yo sabré...)

ESCENA VII.

DICHOS, —D. GIL.

GIL. ¿Pues no te ibas?
RIC. Si, me entretuve un instante
en saludar á mi prima;
con que mis hermanas...
AMAL. Casi
estaba ya por no ir...
si, dílas que no se cansen.
RIC. (Se despide de Amalia, que se sienta pensativa.)

ESCENA VIII.

D. GIL, AMALIA.

GIL. ¿Qué tienes?
AMAL. Nada.
GIL. ¿Estás triste?
AMAL. (Será Enrique tan infame...) (Pausa.)
GIL. Mira, Amalia; la conciencia
me impone el deber de hablarte
de cierto asunto.—Tu esposo...
AMAL. ¡Cómo! Tambien usted sabe...
(Vivamente y levantándose.)
GIL. Sé que ha perdido en el juego
anoche treinta mil reales.
AMAL. ¿Qué me importa eso?
GIL. ¿Que no?
AMAL. (Penetraré con la llave
del pabellon.)
GIL. No debieras
permitir que asi malgaste...
—Á la muerte de tu esposo
don Felix que en paz descanse,
me hiciste depositario
de tu fortuna, que es grande.
Pues bien, la única manera
que yo tengo de pagarte

tal confianza, es velar
por tí cual si fuera un padre.

AMAL. Pero tio... (Impaciente.)

GIL. Tu primer
marido, era un comerciante
honrado que en muchos años
logró un capital formarse.
Y á lo que el pobre ganó
á fuerza y fuerza de afanes,
se encarga Enrique de dar
pasaporte en el instante.

AMAL. Bien, déjelo usted.

GIL. Eso hice
en contra de mi carácter,
pero hoy me cierro á la banda;
y el dinero que me saque
sin órden tuya... El contrato
de boda por otra parte
te favorece: eres dueña
de tu caudal...

AMAL. ¿Usted sabe?...
Llame usted al jardinero.

GIL. ¿Ahora con eso te sales?...

AMAL. ¿Pero cómo quiere usted,
que yo, tio, le oiga á sangre
fria cuando veo á Enrique...

GIL. Que malgasta tanto...

AMAL. ¡Dále!
No es eso, señor, no es eso;
es que temo que me engañe
Enrique, que me posponga
á una mujer despreciable.

GIL. Te ha dicho el primo... Tambien
á mí me ha dado detalles.

AMAL. ¡Pero es posible, señor,
que me haga Enrique ese ultraje!
—¡Que su mano, que en la mia
temblaba un momento hace...

GIL. Hija, manos besa el hombre...

AMAL. Déjeme usted de refranes.
Quiero convencerme, y temo
que llegue al fin ese instante

Yo que le amo...

CIL. Amalita... (Consolándola.)
(¡Debiera estar en la cárcel
ese hombre!) —Si acaso no
será cierto. Vamos, cálmate.

AMAL. Voy á hacer que el jardinero
de casa, me dé la llave
del pabellon de la quinta
de Aranjuez. Otro tren sale
á las siete; partiremos
en él.
(Váse por el fondo derecha: sale Enrique de su cuarto.)

ENR. ¡Qué maldito guante!

ESCENA IX.

D. GIL,—ENRIQUE.

ENR. Con que precipitacion
sale Amalia. ¿Qué sucede?

GIL. Nada.

ENR. Vea usted si puede
sujetarme este boton.
(Presenta á D. Gil la mano para que le eche el boton.)
Creo que con guantes duermo,
y ahora... ¡cosa mas rara!
no puedo... qué mala cara
tiene usted. (D. Gil se aparta un poco.)
¿Está usted enfermo?

GIL. (Se burla.)

ENR. ¿No me responde?

GIL. Estoy bueno.

ENR. Mejor. (Se dirige al espejo.)
¡Ah! (Recordando.)
Diga usted, ¿vinieron ya
por la cuenta del vizconde?

GIL. No.

ENR. Corriente; de ese modo,
por si acaso se retrasa,
mándela usted á su casa.
La decencia antes que todo.
(Se dirige á la puerta de salida.)

GIL. Es que... advertirle conviene...
ENR. ¿Qué?
GIL. Respecto de dinero
no hago nada, caballero,
sin que Amalia me lo ordene.
ENR. ¡Cómo! (Deja el sombrero.)
¿Desde cuándo acá?
GIL. Esa es mi resolucion.
ENR. ¿Pero tal prohibicion
parte de Amalia quizá?
GIL. Yo lo único que digo,
es que noto, caballero,
tanto derroche, que quiero
ver si evitarlo consigo.
ENR. ¡Don Gil!
GIL. El caudal manejo
de Amalia; y es deber mio
guardarle...
ENR. Es usted su tio, (Se contiene.)
y ademas es usted viejo.
¡Oh! si, pues de otra manera,
me ha hecho usted tan hondo agravio,
que el segundo de su labio
¡vive Dios! que no saliera.
GIL. Póngase usté en mi lugar.
ENR. Siento verle en ese caso,
aunque es ciertamente un paso
que no me puede asombrar.
Usted, la familia toda
de Amalia, si no me engaño,
con disgusto... nada extraño,
han recibido esta boda.
Y aunque les haya dolido,
deberian conocer
que es para una mujer
lo primero su marido.
GIL. Si, de negarlo no trato;
pero el caudal que tenia
Amalia...
ENR. ¡Es esposa mia!
GIL. Mas queda por el contrato
de boda dueña absoluta...

ENR. Basta ya por esta vez.
No quiero que una chochez
dé márgen á una disputa.
GIL. No es chocez, no, la razon
que á hablar á usté asi me inclina;
es que estimo á mi sobrina,
y cumplo una obligacion.
Su caudal estoy cuidando
porque ella asi me lo ordena,
y noto con harta pena
el paso que vá llevando.
(Movimiento de Enrique.)
Y eso no hay quien lo resista,
gasta usted cuatro ó seis mil
reales cada mes.
ENR. ¡Don Gil! (Se reprime.)
líbreme usted de su vista.
(Señalando la puerta.)
GIL. Caballero.
ENR. Se lo ruego.
GIL. Lo haré ya que se propasa,
y si el dueño de esta casa
quiere, la dejaré luego. (Váse.)

ESCENA X.

ENRIQUE.

El dueño ..
(Dando un paso para seguir á D. Gil.)
Es decir que á mí
él no me tiene por tal.
Y es cierto,—no dice mal,
—Amalia es el dueño aqui.
Pues aunque la ley traspasa
derechos de propiedad
al marido, en calidad
de cabeza de la casa,
cuando el contrato admití,
la dejé absoluta dueña
de su fortuna.—Mi enseña
era la avaricia, si.

Pero conservar queria
apariencias de hombre honrado,
y ahora me encuentro atado...
¡Ah! ¡maldita hipocresia!
Es decir, que mi mujer
puede en un caso remoto
poner á mis gastos coto
si eso se le antoja hacer.
Es decir, sin que me asuste,
que pueda de igual manera
concederme lo que quiera
y negarme lo que guste.
Que aunque vivo en la opulencia,
feliz, sin ningun trabajo,
me encuentro sin duda bajo
su absoluta dependencia.
Es decir, que, fiualmente,
puede Amalia con razon
señalarme una pension
como si fuera un sirviente.
¡Oh! ¡vive Dios!—quien pretende
que á tal extremo llegara!...
solo al pensarlo la cara
de vergüenza se me enciende.
Y...—calma, Enrique. (Esforzándose por sonreir.)
Por vida,
mal con tu dicha te avienes,
pues en cambio de eso tienes
caballos, coche, querida...

ESCENA XI.

ENRIQUE,—AMALIA.

ENR. ¿Por qué cuando yo salí
te fuiste?
AMAL. Á mandar poner
el coche. Voy á comer
con mis primas.
ENR. ¡Hola!
AMAL. Si.
ENR. Y luego al teatro, ¿eh?

AMAL. No has de ser tú solamente
el dichoso.
ENR. Ciertamente,
hoy sin tí, me aburriré.
(Amalia le mira fijamente.)
¿Qué?
AMAL. ¿Me quieres explicar
qué has hablado con mi tio?
ENR. Hemos reñido.
AMAL. Confio
en que no darás lugar
á que nos deje.
ENR. ¿Eso intenta?
AMAL. Él cree que tú se lo has dicho.
ENR. No es verdad. Será un capricho
suyo.
AMAL. Pues asi lo cuenta.
ENR. Ciertamente yo no fuí
quien mas imprudente estuvo;
pero si algo me contuvo
fué el miramiento hácia tí.
Amalia, tuve sobrada
razon para incomodarme,
porque ha querido humillarme
de una manera marcada.
Y es muy justo que me pique
ante tan graves ofensas.
AMAL. Mal hecho.
ENR. Ya, si tú piensas
de igual modo que él...
AMAL. ¡Enrique!
ENR. Perdona, lo sospeché.
AMAL. Sin razon me has ofendido.
Yo jamás á mi marido
en ridículo pondré;
que hacerlo fuera en verdad
para mí misma afrentoso.
Mujer que humilla á su esposo,
abdica su dignidad.
ENR. Gracias, Amalia. (Tomándola la mano.)
AMAL. Decia,
que enojarte no debió

lo que mi tio...

ENR. ¿Que no?

AMAL. Sabes cuál en su mania;
por nuestros bienes se afana,
y administrador severo,
si le pedimos dinero
lo dá de muy mala gana.
Pues si es conmigo, qué quieres,
y me dice sin ambajes:
«que te gastas mucho en trajes...»

ENR. ¡Amalia, qué buena eres!
No es cierto eso, es que conmigo
á todo pone reparo,
es que nuestra boda... claro,
es que yo soy su enemigo.

AMAL. Tal vez.

ENR. ¿Lo ves como al fin
me das tambien la razon?

AMAL. Pero tus gastos no son
la causa... no es tan ruin.
Si te tiene el buen señor
eso que enemistad llamas,
es, porque cree que no me amas
mucho, —¡locura mayor!

ENR. ¿En mí qué pudo notarse? (Receloso.)

AMAL. (Teme al llegar á ese punto.)

ENR. ¿Qué?

AMAL. Nada. Eso le pregunto
y no sabe en qué fundarse.
Yo le digo: «tio, no
tema usted ese quebranto.
Enrique me quiere cuanto
pudiera desear yo.
¿Halla usted en la manera
de conducirse á mi lado,
algo que pueda haber dado
márgen para tal quimera?
No lo vió usted hasta hoy
siempre á agradarme propenso,
y que tanto afan compenso
con el amor que le doy?
—¿No son, sin oir las voces

de celos siempre importunos,
nuestros pensamientos unos,
y unos mismos nuestros goces?
¿No estamos siempre anhelantes
de placeres venturosos,
pues somos al par que esposos
dos verdaderos amantes?...
—Y es claro, si asi no fuera
qué triste vida la mia!
¡Ay Jesus! me moriria
si mi esposo me ofendiera.
Mas por fortuna, él no trata
de eso, ni de mí se olvida.
Procura hacerme la vida
risueña, tranquila, grata!»
—Y convencido mi tio
dice: ¡es cierto lo que escucho!...
—¡Si me quiere mucho, mucho!
—¿No es verdad, Enrique mio?
(Con naturalidad y cariño.)

ENR. ¿Pues no? (Abrazándola.)
(Estoy avergonzado.) (Retírase.)

AMAL. (Observándole.)
Su voz la vergüenza agita.
—(Si, me vende.)

AND. (Entrando, aparta al criado que le sigue.)
Quita, quita.
¡Qué demonio de criado!

ESCENA XII.

DICHOS,—ANDRÉS.

AND. (Dando la mano á Enrique.)
¡Hola! ¿Vá bien? (A Amalia.)
—¿Cómo estás?
—Tuvo el criado el capricho
de anunciarme, y yo le dicho
que conmigo está de mas.

AMAL. Es claro.

AND. Nunca me anuncio.

¿Qué hay? (Á Enrique, viéndole pensativo.)

ENR. Nada.

AND. Pues, señor,
estás como el jugador
que han cogido en un renuncio.
(Vuelve al lado de Amalia.)

ENR. ¡Hombre!

AND. Qué serio.

ENR. (Maldito.)

AND. Pues se hallaba muy contento
há poco.—Tome usté asiento.

AND. Y bien que lo necesito.
Cumpliendo cual buen viajero,
para que nada al descuido
me quede que ver... he ido
hoy á ver el Saladero.

ENR. ¿Y te has ido á pie?—Responde.

AND. Si, chico, es muy oportuno.
Asi en Murcia, cuando alguno
me pregunte que por dónde
se vá,—yo muy satisfecho,
contestaré con certeza:
«por la calle de Hortaleza...
todo derecho, derecho »

AMAL. ¿Cuándo se piensa usté ir?

AND. Aun no sé...—Hoy vienen mi tio
y Julia.

ENR. ¡Cómo!

AMAL. (¡Dios mio!)
(Tembló ese nombre al oir.)

AND. Mi buen tio no podria
pasar otro mes sin mí,
pues, y se me planta aqui.
—Tambien ha sido mania.

AMAL. Tal vez Julia le ha incitado...

ENR. Andrés, se vá haciendo hora.
Vamos.

AND. Corriente. Señora...
(Al levantarse.)
—¡Diablo! pues estoy cansado.

AMAL. Que se diviertan ustedes
mucho.

AND. Creo que lo haremos.
ENR. Á las nueve volveremos,
ó antes.
(Acercándose á Amalia y tomándola las manos.)
—Siento que te quedes.
—Sal, que ya voy.
AND. ¡Ah! si, si.
(Olvidaba que eran dos.) (Váse.)
ENR. Adios, alma mia.
AMAL. Adios.
ENR. ¡Eh! que pienses mucho en mí.
(Desde la puerta: váse.)
AMAL. ¡Oh! que no me sea infiel
(Pausa Se acerca al balcon.)
ó que le pueda olvidar.
—¿Cómo?—¡si al verle marchar
se me vá el alma tras él!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ARANJUEZ.

Sala lujosamente amueblada. En el fondo galeria de columnas, abierta sobre un jardin, cuyos árboles se distinguen á la claridad de la luna. Dos puertas á cada lado. Piano, cuadros, etc. Al levantarse el telon aparece Clotilde en la puerta de la derecha, seguida del criado.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE,—ENRIQUE.

ENR. Entre usted. (El criado se aleja.)
Hace dos horas
que esperamos su llegada. (La pone silla.)
CLOT. No he podido venir antes. (Se sienta.)
Cuando su ayuda de cámara
me llevó el collar, le dije
que estaba el duque en mi casa;
salió tarde.
ENR. Por fortuna
ya su reinado se acaba;
¿no es verdad, encantadora
(Apoyándose en el respaldo de la silla)

Clotilde?

CLOT. Usted es la causa.

ENR. ¿Se ha decidido usted ya?

CLOT. Mi venida aqui, ¿no basta
á probarlo? (Señal afirmativa de Enrique.)

ENR. ¿Tuve acierto
en el collar?

CLOT. Mucho. ¡Vaya!
Con todo, es de mejor gusto
otro de perlas que estaba
hoy en el escaparate.

ENR. Pues lo tendrá usted mañana.
¿Y qué dice el pobre duque?

CLOT. ¡Es tan cándido!... me ama.
¡Oh! y en mi fidelidad
tiene mucha confianza.

ENR. Debe ser tonto.

CLOT. Algo tiene
de eso.

ENR. Si, si: aquella cara ..
El golpe vá á ser funesto.
¡Una querida tan guapa!...
Cierto es que él no la merece,
sin adulacion.

CLOT. Pues gasta
mucho. ¿Qué mas puede hacer?

ENR. ¡Oh! Seguramente, nada. (Alejándose.)

CLOT. ¡Ademas, ser protegida
de un duque!... eso siempre halaga.
Un amante asi, ya es una
recomendacion.

ENR. Ingrata.
Hará usted que tenga celos
de él.

CLOT. No, téngale usted lástima.
(Levantándose.)
¿Cuándo se come?

ENR. Muy pronto.
¿Le ha gustado á usted mi casa?
(Le dá el brazo y recorren la habitacion mirando los cuadros.)

CLOT. ¡Oh! Si, es muy linda. —El jardin

es magnífico; esta sala
muy elegante.

ENR. Yo siento
no poder, cual deseara,
ofrecerla á usted. En cambio
prometo en pago de tanta
sumision, alquilar una
muy bonita, y alhajarla
á gusto de la deidad
que tendrá en ella morada.

CLOT. ¿Quiénes son los convidados?
(Deja el brazo de Enrique y se dirige al espejo.)

ENR. Amigos de confianza.
Luis Quiñones, Serafin
Caro.

CLOT. Toda gente honrada.
Los conozco.

ENR. Y otro amigo
que vino hace dos semanas
de provincia.

CLOT. ¿Si?

ENR. De Murcia.

CLOT. Me alegro. Será algun facha
que me dirá á cómo valen
el arroz y las naranjas,
y me hablará con sombrero
en mano, á cierta distancia. (Rie.)

ENR. (Con intencion)
La conoce á usted. Le he dicho
ya que esperaba á una dama.

CLOT. Por mí no se pierda tiempo:
se me han abierto las ganas
de comer.

ENR. (Viendo que se dirige otra vez al espejo.)
Si quiere usted
darse antes una mirada
al peinado... el tocador
es esa pieza inmediata.
(Abriendo la puerta de la izquierda y señalando al interior.)

CLOT. Cabalmente adivinó
mi deseo... ¿Por dónde andan

esos señores?

ENR. Há poco
que en el jardin se encontraban.

CLOL. Al entrar no los he visto.

ENR. Estan allí. (Señalando á la izquierda.)

CLOT. (Se dirige á la galeria, foro izquierda. Enrique mientras, tira del cordon de la campanilla. Sale el Criado.)
¡Eh! ¡Buenas maulas! (Gritando.)

ENR. ¿Nadie la habrá visto entrar?

CRIADO. Nadie.

ENR. La mesa prepara.
(Váse el Criado.)

CLOT. Bien, no suban sin cogerme
(Figurando que habla con los de abajo.)
algunas flores. Mil gracias.
(Se retira de la galeria y se dirige al cuarto de la izquierda.)
¿Hay piano tambien?

ENR. Si usted (Lo abre.)
toca...

CLOT. No, es una desgracia.
¡Lo hago tan mal! Este piano
es mejor que el mio. ¿Se hallan
de venta en Madrid?

ENR. No sé,
este ha venido de Francia.
(Aparecen por la segunda puerta de la izquierda Andrés y los Caballeros 1.° y 2.°, etc.)

ESCENA II.

DICHOS.—ANDRÉS, CABALLEROS.

CAB. 1.° Salud, reina de la moda.
Las flores. (Ofreciéndole un ramo.)

AND. ¡Pero hombre!
(Bajo á Enrique y señalando á Clotilde. Reconviniéndole.)

ENR. (Bajo, viendo que les observa Clotilde.) ¡Calla.
Mi amigo Andrés, un famoso
médico. (Andrés saluda friamente.)

CLOT. Cuando esté mala
lo llamaré. (Alargándole la mano.)
AND. Yo, señora... (Cortado.)
(¡Y es bonita esta muchacha!)
(Andrés se retira á un extremo. Enrique pasea con dos de los Caballeros. Clotilde y el Caballero 1.° cerca del piano.)
CAB. 1.° ¿Con que el duque cae?
CLOT. Asi
parece.
CAB. 1.° ¿Nueva alianza?
¡Oh! Enrique es muy espléndido,
eso si.
ENR. ¿De qué se habla?
(Reuniéndose á Clotilde.)
CAB. 2.° Chico, no hay como casarse
con una rica.
CAB. 3.° Si es ganga.
CLOT. ¿Y Amparo? (Al Caballero 1.° en voz alta.)
CAB. 1.° Me ha despedido;
como estoy ahora en baja...
ENR. ¡Oh desinterés!
CLOT. ¿Y usted
la quiso?
CAB. 1.° Con toda el alma.
(Sonando el piano.)
Como que por ella tuve
el desafio de marras...
CLOT. ¿Desafio?
CAB. 1.° Que acabó
en el *Cisne*.
CLOT. Como acaban
todos.
ENR. ¿Está ya la mesa?
(Al Criado, que aparece.)
Vamos, mientras esta dama
se arregla un poco el peinado.
CLOT. Pronto salgo. (Entra por la izquierda.)
CAB. 1.° Pues en marcha.
(Vánse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

ANDRÉS, ENRIQUE.

ENR. ¿Por qué te quedas ahí?
(Acercándose á él.)
AND. Pero, hombre, yo lo tomaba
á broma.
ENR. ¿El qué?
AND. La venida
de esa mujer.
ENR. ¡Qué bobada!
¿No te lo dije?
AND. Pues, chico,
lo que haces es una infamia.
ENR. Quita. No me sermonees.
AND. Si llega á saberlo Amalia...
ENR. Las conveniencias sociales
ya ves tú que estan guardadas.
Con el recato mayor
hago que venga á esta casa,
donde mis amigos solo
y un criado de confianza
la vean.—Muchos maridos
como yo, no creo que haya.
AND. Haces mal.
ENR. Pues ¿qué querias?
que despues de haber, en aras
del oro, sacrificado
la libertad que gozaba
de soltero; que despues
que he sofocado en mi alma
los amorosos deseos
que otra mujer me inspiraba,
disfrute los sinsabores
y no goce las ventajas
de mi posicion? ¡Locura!
Dí, francamente, ¿no es grata
esta vida? Mi fortuna
es en la córte envidiada.
Mis coches son los mejores,
tengo un palacio por casa,

y solo en caballos llevo
una fortuna gastada.
Verdad es que algunas veces
en mi pecho se levanta
una voz que dice: «Todo
eso lo debes á Amalia.»
Verdad es que en los momentos
en que el alma está entregada
á los recuerdos, parece
que un ángel bate sus alas
sobre mi frente... es la imágen
de una mujer adorada,
que me hace entrever la dicha
inefable, la paz santa
que en su amor hubiera hallado
y que perdí por mi causa.
Mas si en medio de esos éxtasis
poéticos... la mirada
esparzo á mi alrededor,
veo tapices, arañas,
ricas alfombras... mujeres
que fingen darme su alma
en cambio de algun puñado
de oro... Ventura pagada,
dirás tú:—¿y eso qué importa?
No deja de serme grata.
Compras un ramo de flores,
que antes el campo esmaltaban,
y no por eso con menos
gusto aspiras su fragancia.
Si, Andrés; tan corta es la vida
(Aturdiéndose.)
que es preciso aprovecharla...
no pienses, ven... y á los postres
verás que de ideas cambias.

AND. No entro.

ENR. ¡Cómo! ¿Por ventura (Con burla.)
una mujer te acobarda?
¡Y qué mujer! La querida
de un duque y grande de España,
á quien voy á desbancar.
—¡Eh, Andrés! ¿y eso no halaga?

(Poniéndole la mano en el hombro.)

AND. Bien, no te quitaré el gusto.
Cada uno hace de su capa
un sayo.

ENR. Vamos adentro.

AND. Luego volveré.

ENR. ¿Te marchas?

AND. Voy á la estacion. Te dije
antes de salir de casa,
que esta noche llegarian
Julia y mi tio. Su carta...

ENR. ¡Ah! si.

AND. Pues bien, he mandado
á mi criado, que aguarda
que venga el tren de Alicante,
para decirles sin falta
que aqui estoy.

ENR. ¿Van á venir? (Con emocion)

AND. Si.

ENR. Te ruego que no traigas
á Julia.

AND. Esa emocion...
¿Es Julia, la que tú amabas?

ENR. ¡Oh! si.

AND. ¿Y ella?

ENR. No lo sé.

AND. ¡Ambicion maldita!

ENR. Calla. (Pausa.)

AND. Me anticipé á tus deseos,
iba á evitar que llegaran
aqui, no quiero que vea
Julia á semejante dama...

ENR. ¿Vuelves pronto?

AND. Si.

ENR. En la mesa
te espero. (Se entra.)

AND. Y es una lástima.
Él no es malo. (Yendo á tomar el sombrero.)
—¡Pobre Julia!
Si vienen aqui... no es nada,
se halla de manos á boca
con esa moderna Aspasia,

(Al dirigirse á la derecha se abre la puerta del primer término, y sale Amalia.)

ESCENA IV.

DICHOS,—AMALIA.

AND. (¡Santo Cristo!) (Deja caer el sombrero.)
AMAL. Encargo á usted (Vivamente.) silencio.—¿Dónde se halla mi esposo?
AND. En el comedor... no, en el jardin.
AMAL. ¿Y esa dama?
AND. ¡Qué dama!... yo... no la he visto.
AMAL. Caballero, usted me engaña.
AND. (Vaya por Dios.)
AMAL. Y es indigno que usted mienta.
AND. Mi palabra...
(Amalia le mira fijamente, y él se calla.)
(Temblando estoy cual si yo fuera el autor de la falta.)
(Amalia se aproxima á la segunda puerta de la izquierda, y escucha un momento.)
AMAL. Ahí está Enrique. ¿Mas ella dónde?... ha venido á mi casa.
AND. Juro á usted que somos todos varones, aqui no hay faldas. Enrique... otros dos pollitos casi sin pelo de barba, y otro señor algo feo... —y con las patillas claras...
AMAL. Bien.
AND. ¡Pero lo que es tocante á mujeres!...
AMAL. Andrés, basta.
AND. (¡Pobre Enrique!)
AMAL. Bien se prueba que es usted su amigo.
AND. ¡Amalia!
AMAL. Hágame usted el favor.

de hacer que venga á esta sala
mi marido.

AND. (¡Si pudiera
lograr que la otra escapara,
creo que ese gabinete
tiene una salida falsa.)

AMAL. Ruego á usted...

AND. Señora, voy ..

(Váse por la izquierda.)

AMAL. (Allí fijó sus miradas...)

(Apenas ha salido Andrés, se dirige presurosa á la segunda puerta izquierda y mira.)

ESCENA V.

AMALIA.

¡Una mujer! ¡Cielo santo!
(Queriendo lanzarse dentro del cuarto.)
—¡Qué iba á hacer! no, corazon.
—¡Oh! ¡maldita educacion
que la contiene á una tanto!
Pues sin miedo á las hablillas
de todos los que la esperan,
debia hacer que la vieran
aqui mismo de rodillas.
¡Y él! los límites traspasa
de la maldad conocida.
Ha traido su querida...
¿y dónde?—¡á mi misma casa!
Llevó la villana mira
de ostentar ese trofeo.
¡Jesus! ¡Jesus!—Yo lo veo (Con horror.)
y me parece mentira.
Pero si era consecuencia
precisa... ¡oh! qué villano
proceder...—quiso mi mano
tan solo por conveniencia.
Un juguete suyo he sido;
mi fortuna ha deseado,
y yo su nombre he comprado
y él mi cariño ha vendido.—

Y habrá quien le juzgue probo,
que cumple lo que promete,
y es un hombre que comete
á la vez un doble robo.
¡Riqueza, un amor profundo!.. (Risas dentro.)
y él recibiendo cumplidos.
—¡Y aun viven estos maridos (Con amargura.)
sin el desprecio del mundo!
(Apóyase en una silla.)

ESCENA VI.

DICHA, —CLOTILDE.

CLOT. ¡Otra mujer!—Pues es chasco.
Sola me creia ahora. (Se acerca.)
—¿Quién es usted?
AMAL. La señora
de don Enrique Velasco. (Clotilde se aparta.)
¿Y usted qué es lo que hace aqui
profanando este lugar...
me lo vá usted á negar,
¡y está usted temblando!... si.
Ni puede ser otra cosa,
que aun cuando á su honor se atreva,
siempre tiembla la manceba
en presencia de la esposa!
CLOT. Señora... (¡Qué humillacion!)
Yo no pude presumir...
AMAL. Usted no debió venir
á ultrajar esta mansion.
CLOT. Aunque su honor ciertamente
dé disculpas en su abono,
le advierto á usted que ese tono
no es, señora, el mas prudente.
AMAL. Insultos, ¡viven los cielos!
Salga usted. (Con ademan imperioso.)
CLOT. ¡Vaya unos modos!
Seguramente son todos
asi cuando tienen celos.
AMAL. No he de hacerla la merced

de que me crea celosa.
Ofendida, si; aunque osa
mi esposo obsequiar á usted,
sé que el amor no le indujo
á dar semejante paso.
Tiene una querida, acaso
como un objeto de lujo.
Verdad es que yo no he dicho
que no me falte por eso,
mas la razon de su exceso
es meramente el capricho.
Un capricho pasajero
que mira sin interés,
tal vez por decir despues:
«me cuesta tanto dinero.»
Pensamiento que no es noble,
convengo: ¡la vanidad
maldita!—pero en verdad,
la falta de usted es doble.
¡Consentir que asi el reposo
á una esposa digna roben
por usted!—¡Qué horror! ¡Tan jóven,
y en camino tan odioso! (Con lástima.)

CLOT. ¡Señora, por compasion!
ruego á usted que asi no arguya;
que mas es la falta suya,
que mia.

AMAL. (Tiene razon.)

CLOT. Hay seres afortunados
que amor de un padre reciben;
mujeres que al lado viven
de sus esposos amados.
Que tienen hijos, señora,
que madres las apellidan;
hermanos que de ellas cuidan,
familia que las adora.
Esos seres por lo mismo
tienen mucho que guardar,
y deben temer el dar
con su honor en el abismo.
Recibieron la merced
de un nombre puro y leal...

—deben conservarle tal;
—en ese caso está usted.
—¡Pero hay otras criaturas
que al nacer son desgraciadas,
que viven abandonadas,
solas con sus desventuras!
Que no guardan á su fama
tantas consideraciones,
pues ven que de sus acciones
nadie cuenta les reclama.
Que ni nombre se las dió,
ni en sus afanes prolijos,
saben cuál dar á sus hijos...
—en ese caso estoy yo.—
Pues bien, ya que en mí parece
que quiere hacer recaer
toda la culpa, he de ver
si mi falta la merece.
Su esposo, amor envidiable
y riquezas le ha debido.
(Aparece Enrique en la puerta izquierda.)
—Yo soy libre.—¿Cuál ha sido
de los dos el mas culpable?
(Enrique se adelanta; despues se acerca á la puerta izquierda y llama.)

ESCENA VII.

AMALIA, CLOTILDE,—ENRIQUE.

ENR ¿José?
CRIADO. Mande usted.
(Al ver á Amalia.) (¡Demonio!)
ENR. Acompaña á esa señora
hasta la puerta.
CLOT. Pensaba
irme, pero usted me arroja.
AMAL. No será. (La detiene.)
Aléjese usted. (Al Criado.)
ENR. Cierra, que nada se oiga.
(Al Criado. Sigue hablándole; luego se aleja el

Criado.)

AMAL. Salga usted por esta puerta,
abajo hay una persona
esperándome; la dice
usted, si eso le acomoda,
que al pabellon del jardin
la conduzca sin demora.
Desde allí con esta llave,
hallará salida pronta,
sin que criados la observen,
sin que nadie la conozca.

CLOT. ¡Oh! gracias. (Sale.)

ESCENA VIII.

AMALIA, ENRIQUE.

AMAL. Y bien, Enrique...
otra mujer en su cólera
al mirar tan torpe ultraje
hecho á su amor y su honra,
se desharia en insultos...
—yo no:—sé lo que me toca
que hacer.

ENR. Inútiles fueran
mis explicaciones todas.
Ni yo puedo sincerarme
ni á poder lo haria ahora,
por temor de que creyeras
que mi intencion era otra.
Ciertamente que en mi falta
parte ha tenido y no poca
la vanidad, que de espuela
sirve al deseo en mal hora.
El torbellino del mundo
en que uno ciego se arroja,
es muchas veces la causa
de defecciones odiosas.
No me disculpa, lo sé;
mas debiste por tu propia
dignidad, si recelabas
perder el cariño que otras

veces hallaste en mi pecho,
reclamarlo de mí á solas;
sin dar lugar á que pueda
mi nombre servir de mofa.

AMAL. ¡Tu nombre! —¿Pues qué, tú mismo
por ventura, no lo arrojas
al desprecio de esa gente
de quien recibes lisonjas?
¿No dabas á tus amigos
hoy una prueba notoria
del desden que te merecen
mi amor, mi dicha, mi honra?
¿No has traido á la querida
á la mansion de la esposa?...
Tal vez para que en la orgia,
entre el rumor de las copas,
compararan... y dijeran:
la querida es mas hermosa.
(Movimiento de Enrique.)
Ni una palabra... Mañana,
sin falta,—á primera hora,
salgo para Francia. —Tú
puedes, si eso te acomoda,
seguir viviendo en tu casa
de Madrid...

ENR. ¡Cómo! —¡Señora! (Ofendido.)
es vengarse demasiado
concederme esa limosna.
No está aun tan corrompido
mi pecho, que admita ahora
favores de quien pretende
que nuestros lazos se rompan.
Esas voces...

AMAL. Se impacientan
por tu tardanza.

ENR. Si notan... (Con recelo.)

AMAL. Nada temas; yo me alejo,
ellos mi venida ignoran;
seguid vuestra diversion.

ENR. Sea usted mas generosa.
Yo no me quedo.

AMAL. Por ellos... (Voces dentro.)

Adios.

ENR. Mi brazo.

AMAL. No.

(Llegando á la puerta de la derecha en la que se presenta D. Gil.)

GIL. Toma.

(Ofreciéndola el brazo. Desaparecen.)

ENR. ¡Ah!

(Confundido, vá á seguirlos, pero se detiene al oir gente)

ESCENA ULTIMA.

ENRIQUE, CRIADO. Luego JULIA, D. TOMAS, ANDRÉS y CABALLEROS.

ENR. ¿Quién es? ¿Qué quieres tú?

CRIADO. Que allá fuera una señora
pregunta por don Andrés.

JULIA. Soy yo.

(Presentándose en la puerta de la derecha, primer término, seguida de D. Tomás.)

ENR. ¡Julia! (Dando un paso atrás.)

AND. ¡Niña!

(Corriendo á su encuentro y queriendo evitar que entre.)

ENR. ¡Es cosa
providencial!

CAB. 1.° Chico, chico,
que se vá á enfriar la sopa.

(Enrique, abatido en un extremo del teatro. D. Tomás y Julia al lado de Andrés. Los Caballeros en la puerta de la izquierda. El Criado en medio de la escena Cuadro final.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

EN LOS BAÑOS DE...

Sala de descanso. Puertas laterales y en el fondo. Balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece AMALIA mirando por el balcon RICARDO á su lado. Entran por el fondo JULIA y ANDRÉS.

RIC. Amalia... (Haciéndola observar que llegan.)
AMAL. ¡Oh, amiga mia! (Abrazando á Julia.)
AND. ¿Y qué tal se ha descansado anoche?
AMAL. Mejor.
JULIA. Mas vale.
AND. Se le besa á usted la mano. (Familiarmente á Ricardo.)
RIC. Usted siempre tan alegre.
AND. Soy dichoso, debo estarlo.
AMAL. ¿Quieren ustedes que entremos? (Señalando al cuarto de la derecha.) —Mejor se estará en mi cuarto. Yo me salí aqui por ver desde ese balcon el campo.
AND. Estamos bien.

JULIA. Y tenemos
al instante que marcharnos.
Andrés dijo que venia
á ver á usted, y aunque hago
falta en casa, porque sigue
la tia con su catarro,
no he querido que hoy pasara
sin dar á usted un abrazo.
AMAL. Gracias. Con que doña Petra...
AND. Sigue lo mismo. No ha echado
luz desde que se murió
su marido.
JULIA. ¡Si era un santo!
Cuando pienso... (Afligida.)
AND. Vamos, hija...
(Evitando que se aflija.)
El semblante ha mejorado.
Hay buen color. (A Amalia.)
RIC. Pero sigue
triste.
AMAL. No puedo evitarlo.
AND. Como esa es enfermedad
que no la curan emplastos
ni recetas...
JULIA. Si tú no,
yo de curarla me encargo.
AMAL. Usted es muy buena, Julia.
JULIA. Ya que usted no quiso honrarnos
con vivir en nuestra casa,
mientras esté en estos baños...
AMAL. Lo agradezco; mas juzgué
que ustedes, recien casados,
justo es que pasen la luna
de miel del modo mas grato,
sin que huéspedes ó amigos
se atrevan á importunarlos.
AND. Usted no importuna nunca,
señora; y por otro lado,
somos los dos poco afectos
á esos amorosos raptos
que hacen que se crean solos,
los que estan acompañados.

¡Eh! ¿no es verdad?

JULIA. ¡Qué pregunta!
—Lo cierto es que nos amamos
lo bastante para no
envidiar otros encantos.
(Andrés y Ricardo pasean.)

AMAL. Dichosa usted que no ha visto
huir sus sueños dorados.

JULIA. ¡Ah, señora! tal vez no haya
un ser que no llega al cabo
á ser víctima de olvido
ó presa de algun engaño;
y yo misma, en esa edad
en que el alma ignora acaso
si la halagüeña impresion
que recibe con encanto,
es amor,—sufrí tambien...
pero ví al cabo de un año
que era afecto pasajero
el mio... y llegué á olvidarlo.
Hoy, señora, á mi marido
mi vida y mi amor consagro,
y es tal la dicha que gozo,
que por otra no la cambio.

AMAL. Hace usted bien.

AND. ¿Ha sabido
usted de Enrique?—*El Diario*
Español, trae hoy noticias
de él.

AMAL. Á ver. ¡Qué le ha pasado! (Vivamente.)

JULIA. Nada. (Tranquilizándola.)

AND. ¡Lo cierto es que ha hecho
una carrera en dos años!

AMAL. Tiene talento, es muy justo.
Lea usted, lee Ricardo.
(Ricardo toma el periódico.)

RIC. «Ha sido nombrado secretario de nuestra le-
gacion en Nápoles el jóven pundonoroso é
independiente diputado don Enrique Velasco.
Sus reconocidos talentos, etc.» (Deja el perió-
dico.)

AMAL. Trae, ¡es verdad! (Despues de leerlo.)

JULIA. ¡Oh! se alegra
usted.
AMAL. ¡Si, me alegro tanto!...
RIC. Es decir que partirá
para su destino acaso
muy pronto.
AND. Tal vez...
JULIA. Pero antes...
(Andrés le hace señas de que calle.)
AMAL. Andrés, ¿quiere usted dejármelo?
Es un papel que le elogia...
RIC. Como que son de igual bando.
(Amalia vuelve á leerlo. Andrés y Ricardo paseando.)
Qué tal, ¿hay muchos enfermos?
AND. No es gran cosa.
RIC. Pues los baños
estan concurridos.
AND. Si.
Mucha gente hay; sin embargo,
casi todos los bañistas
estan tan buenos y sanos
como usted y yo. Han venido
á pasar aqui el verano,
porque los baños ofrecen
mas distracciones que el campo,
y eso es todo. Aqui se vive
bien; hay franqueza en el trato,
y todos somos iguales,
excepto en lo que gastamos.
Pasan muchos por que son
lo que dicen, sin cuidado
de que los demas pregunten
si es lo que dicen exacto.
Como nadie está en su casa,
nadie se toma el trabajo
de buscar la procedencia
de sus comensales, claro:
aqui juega una partida
de billar un magistrado
con uno que falsifica
tal vez billetes del Banco.

Mas allá un grande de España
se sienta á comer al lado
de un almacenista de hules
y un fabricante de paños.
—Una especie de república,
en que abundan los escándalos,
los chismes...

RIC. Dígalo yo.
AND. Es verdad; ¿se lleva á cabo
el duelo?
AMAL. ¿Qué duelo es ese? (Levántase.)
JULIA. Tú no te batas. (Id.)
AMAL. Ricardo,
contesta.
RIC. Qué, si no es nada.
Es que estábamos hablando...
AMAL. La verdad.
RIC. Ya lo sabrás. (Ap.)
JULIA. ¡Jesus! me habia asustado
por tí...
AND. ¿Cómo ha de batirse
un médico-cirujano?
¡Tonta!—¿Vamos?
JULIA. Si; señora...
con su permiso nos vamos.
AMAL. Cuando hay enfermos en casa,
son lo primero. Iré un rato
á ver á la tia.
JULIA. Bueno.
AND. Vendré por usted.
RIC. Yo basto... (Picado.)
AND. Es que yo pienso volver.
Tengo ajustado ese cuarto
(El de la izquierda.)
para un amigo que hoy llega
de Madrid.
AMAL. ¿Médico acaso
tambien?
AND. No. (Vacila.)
JULIA. (¡Si ella supiera
que es su esposo!)
AND. Vamos, vamos.

(Dá el brazo á Julia.)

ESCENA II.

AMALIA, RICARDO.

AMAL. Ricardo, ¿qué desafio
es ese?
RIC. Pensé ocultártelo
por no disgustarte.
AMAL. Pero
cuenta qué es lo que ha pasado:
RIC. Que anoche, prima, al entrar
en el salon de descanso,
que es el sitio adonde acuden
todos á pasar el rato,
dos ó tres en un corrillo
oí que estaban hablando
de tí.
AMAL. ¿De mí?
RIC. Si, decia
uno de ellos,—el mas alto...
(Se interrumpe.)
AMAL. Sigue.
RIC. «Es fácil que el marido
tuviera la culpa acaso;
si con ella se casó
por cuestion de numerario,
y la cándida consorte
llegó á conocerlo al cabo,
se separaria de él
con razon de sobra.»—Claro,
dijo otro.—«Si, continuó
el primero: en ese caso
el suceso es mas bien cómico
¡pero y si fuera dramático!
—Si la esposa...»—No repito,
prima, lo que aquel villano
dijo; solo sé que ardiendo
en ira, y trémulo el labio,
le pedí una explicacion
de su insulto temerario.

AMAL. Siempre igual. Á la calumnia
mi posicion le dá pávulo,
y en vano es que en mi conducta
no haya ni siquiera un átomo
de falta.—Sola me ven,
sin mi esposo, y por lo tanto
tienen derecho á pensar
que su honor habré manchado.
—¿Y piensas batirte?

RIC. ¡Oh! si,
el duelo ya está arreglado:
dentro de poco...

AMAL. Desiste.
(Movimiento de Ricardo.)
Yo te lo ruego, Ricardo.
En el alma te agradezco
ese empeño que has mostrado;
mas si tu deber te lleva
á dar semejante paso,
repara que nada logras
con ese duelo; al contrario,
mas altiva la calumnia
se alzará luego, Ricardo.
—Como la flor marchitada
que crece á orillas de un lago,
se oculta... y luego aparece
mas encenagada acaso,
al ver tu noble defensa
unirán esos malvados
nuestros nombres... De ese intento
ceja, es lo mas acertado.
Debo evitar que mi nombre
se cite con comentarios:
es el nombre de mi esposo...
—y si él supiera el agravio
tal vez dudara de mí,
y esa idea me hace daño.

RIC. Veo que despues de todo,
prima, le sigues amando.

AMAL. ¡Oh! si.—Tal vez no debiera
decir... mas ¿por qué ocultarlo?
—Cuando se desarrollaba

ante mis ojos, Ricardo,
el inmenso panorama
de sus errores y agravios,
en mi pecho ahogar queria
este amor, y sin embargo
mas fuerte que mi deseo,
que mi voluntad mas alto,
eran inútiles todos
mis esfuerzos...—pues qué, ¿acaso
pude yo dejar de amarle
porque él no me hubiera amado?
—No obstante, el deber, el triste
recuerdo de sus engaños,
me decidió á no volver
á reanudar nuestros lazos.
Mas no por eso su nombre
de mi memoria lo aparto;
mucho menos hoy que es digno
de ello, si.—En estos dos años,
luchando con la fortuna,
pesaroso y solitario,
ha conseguido, merced
á su talento envidiado,
sobreponerse á las burlas
de enemigos y de extraños.
Con afan digno de elogio
mis bienes ha rehusado,
probando noble que de ellos
no necesitaba acaso
para vivir con holgura...
—El que de errores pasados
abjura y ciñe á su frente
justos y envidiables lauros,
que son digna recompensa
al talento y al trabajo,
prueba que no tiene un alma
vulgar, que no es un malvado
sin honor!...—por eso mismo
pienso en mi esposo... y le amo.

RIC. Digas lo que quieras, prima,
tú marido se ha portado
mal.

AMAL. No me recuerdes eso.
—No te batas.
RIC. No me bato. (Vacilando)
Yo por no darte un disgusto
soy capaz... (y qué estudiado
tenia yo el gope aquel...
—¡zas! y le dejo sin brazo.)

ESCENA III.

DICHOS.—BAÑISTAS 1.°, 2.°, etc.

BAÑ. 1.° ¡Oh, señora!
RIC. Hasta despues.
AMAL. No te olvides de mi encargo. (Habla con él.)
BAÑ. 1.° (Al segundo y demas)
Secretitos... bien decia
el de anoche.
BAÑ 2.° Si.
BAÑ. 1.° Aqui hay gato...
(Váse Ricardo)
—Dichosos ojos, señora,
que la ven á usted.
AMAL. He estado
algo mala, y no he salido.
BAÑ. 1.° ¡Cuánto lo siento!—Pues ambos
venimos en comision,
á que usted con sus encantos
amenice la tertulia
de esta noche.—Habrá piano
y se bailará un poquillo...
—¡los excesos de los baños!...
AMAL. La invitacion agradezco,
señores, y siento tanto
no poder...—me encuentro mala,
y ademas, yo nunca bailo...
—De todos modos repito
que su deseo me es grato.
BAÑ. 1.° En fin, otra vez será...
bien.
AMAL. Beso á ustedes la mano.
(Entra en su cuarto)

ESCENA IV.

BAÑISTAS.—Luego ENRIQUE y un CRIADO.

BAÑ. 1.° Es excusado con ella...
siempre metida en su cuarto.
BAÑ 2.° ¡El amor!
BAÑ. 1.° ¡Pobres maridos!
—Por eso yo no me caso.
(Sale un Criado con maleta, etc.; precede á Enrique.)
CRIADO. ¿Con que usté es el señorito
para quien encargó el cuarto
don Andrés?
ENR. El mismo.
CRIADO. Ese es.
(Señala al de la izquierda.)
ENR. Bien, entra eso, y vé á llamarlo
despues. (Se sienta en un extremo.)
BAÑ. 2.° (Al primero.) Tú no le conoces.
BAÑ. 1.° No.
ENR. ¡Cómo me estan mirando!
BAÑ. 1.° Servidor.
ENR. (Friamente.) Muy señor mio.
BAÑ. 1.° Usted, segun he escuchado,
busca á don Andrés el médico...
ENR. Si, señor.
BAÑ. 1.° ¿Está usted malo
quizá?
ENR. No, señor. (Amostazado.)
BAÑ. 1.° Lo dije,
porque salió há poco rato
de aqui—pero volverá,
pues como está visitando
á una señora casada
que vive en ese otro cuarto...
¡Linda vecina!—y que creo
que no...—si hemos de guiarnos
por lo que dicen...
ENR. ¡Tal vez
se equivocan, como hay tantos
habladores!... (Con intencion.)

BAÑ. 1.º Oh, si, es cierto.
Usted conocerá acaso
al marido de esa dama;
vive en Madrid.
ENR. (Con burla.) Pues no caigo
en quién es. Con esas señas...
BAÑ. 1.º Ya se las iré á usted dando.
¡Él es un calaveron,
jugador!
BAÑ. 2.º Hombre muy malo.
BAÑ. 1.º Se casó con esa dama
(Se levanta Enrique.)
porque era rica, y al año
la dejó por puertas.
BAÑ. 2.º Si,
despues de dar mil escándalos.
ENR. Señores, nada me importa
esa historia.
CRIADO. Voy volando.
¿Quién le digo que es usted?
ENR. Don Enrique de Velasco...
BAÑS. ¡Velasco!
ENR. ¿Qué les asombra?
(El Criado se detiene al oirlos.)
BAÑ. 1.º Usted es... (Reprimiendo la risa.)
el diputado?
(Cambiando la pregunta que iba á hacer.)
ENR. Justo.
BAÑ. 1.º (Id. al segundo.)
El marido.
BAÑ. 2.º (Id.) El marido.
BAÑ. 1.º Pues á poco... vamos, vamos.
(Saludan y salen riéndose. Enrique los observa un momento; de pronto le asalta una idea, y detiene al Criado que iba á salir.)

ESCENA V.

ENRIQUE, el CRIADO.

ENR. ¿Cómo se llama la dama
que habita en ese otro cuarto?

CRIADO. Doña Amalia...
ENR. ¡Ira de Dios!
CRIADO. (¡Diantre! ¡qué es lo que le ha dado!)
ENR. (Paseándose por la sala.)
Vete y llama á don Andrés.
CRIRDO. (Á este hombre le falta algo.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

(Pausa.) ¡Estoy lucido! ¡No puedo
dar un paso por lo visto,
sin que alguno, ¡vive Cristo!
me señale con el dedo.
Si, mi nombre les causó
asombro y ya comprendo
la causa.—Se iban riendo
de mí... sin saberlo yo.
Dirán: ahí está el marido,
—y al salir, mal que me pese,
me señalarán—«es ese»...
—¡pues voy á estar divertido!
—Y aun eso no es lo peor.
Si á Amalia faltó... ¿qué digo?
(Desecha la idea.)
¡Oh! Entonces mi castigo
seria mucho mayor.
Hablillas necias serán;
hoy de todo se murmura...
¿pero quién me lo asegura?...
La dió causa mi desman.
Si yo el amor de su pecho
no hubiera hollado en mal hora,
de Amalia estaria ahora
muy tranquilo y satisfecho:
y asi, ya empiezo á temer...
esa es la pena mas ruda;
que el que una vez y otra duda...
acaba al fin por creer.

ESCENA VII.

DICHO,—ANDRÉS.

AND. ¡Querido Enrique!
ENR. ¡Oh! Andrés...
AND. Otro abrazo, y diez y ciento.
ENR. ¿Y Julia?
AND. Muy buena Siento
que se haya ido... mas despues
la verás.
ENR. Ya estoy aqui.
AND. Y mi deseo te extraña...
Te ibas á ausentar de España,
y por eso te escribí
que pasaras unos dias
conmigo.
ENR. Pronto te dejo.
AND. ¡Cá! no, el pueblo no es malejo,
tiene buenas cercanias.
Gozarás: descansa hoy,
y luego hablaremos de eso.
ENR. Sabes que te has puesto grueso,
AND. ¡Toma! tal vida me doy.
ENR. ¿Te encuentras contento?
AND. Á ver.
Ya lo creo. Hace dos años,
soy médico de estos baños...
¿qué mas puedo apetecer?
ENR. ¿Feliz con Julia serás?
AND. Procuro que ella lo sea.
ENR. Haces bien. Es esa idea
generosa por demas.
AND. Chico, al hacerla mi esposa
maldito si en mí pensé;
solo la mira llevé
de que ella fuera dichosa.
En mi boda para nada
tomó parte el egoismo;
y acaso por eso mismo
ha sido tan acertada.

—Muerto mi tio, quedaba
Julia casi en la miseria.
Ya ves, la cosa era séria...
Me dijo que se marchaba
de casa; que no queria
deberme nada, temiendo
la calumnia, y que cosiendo
su sustento ganaria.
Entonces un pensamiento
me asaltó en obsequio de ella.
No reparé que era bella
ni que tenia talento.
Quise mejorar su estado;
la dije: «si te acomoda...
á casar...» —Se hizo la boda,
y aqui me tienes casado.

ENR. Ven, Andrés. (Abrazándole.)
—Alma tan bella
ser muy dichosa merece.

AND. Y lo soy. ¡Qué! ¿te parece
que me asalta alguna pena?
—No tengo lujo, es verdad;
no gasto coche, ni espero
gastarlo en mi vida; pero
vivo con comodidad.
Gozo de ese bienestar,
de esa sencilla espansion
que disfruta el corazon
en el doméstico hogar.
De la dicha reposada
de una existencia tranquila,
en que el alma no vacila
por la ambicion empujada.
—Cumpliendo con mi deseo,
suelo repartir el dia
entre mi mujer, mi tia,
mis enfermos... y el paseo.
Si el trabajo me fatiga
y vuelvo á casa rendido,
en cambio en Julia, querido,
encuentro una dulce amiga
pronta á enjugar mi sudor...

siempre alegre y placentera,
y cuando pienso qué hubiera
sido de ella sin mi amor,
satisfecho doblemente
me considero despues.
—Tú no sabes cuán grande es
el gozo que el hombre siente
al decir: «esa mujer
que mirándome está ahí,
me lo debe todo á mí.
Feliz la he llegado hacer
al entregarla mi mano,
y ha visto desde ese instante
en mí, á la vez... un amante,
un amigo y un hermano.
Ante esa contemplacion
se olvidan pesares... todo,
y el hastio de ese modo
se aleja del corazon.
—¡Oh! créeme; ¡si quizá
no es la vida que te indico
la felicidad!... es, chico,
lo que se acerca mas. (Breve pausa.)

ENR. ¡Ay, Andrés! Tú no conoces
todo el mal que me has causado;
¿por qué no me has ocultado
ese cúmulo de goces?
Mas por culparte comienzo,
y... perdona lo que digo
—al compararme contigo,
francamente, me avergüenzo.
En lugar de hacer feliz
á una esposa en mi locura,
perdí su amor.

AND. ¿Por ventura
no tiene enmienda el desliz?
—¡Alma! (Llegó la ocasion.)
Tu esposa está aqui.

ENR. Lo sé. (Friamente.)

AND. ¡Lo sabe! Y yo que pensé
que le daba un alegron...
¿La noticia te entristece?

Tú no la quieres...

ENR. La quiero,
si, si, no te asombre. —¿Pero
crees que mi afecto merece?

AND. ¡Hombre!

ENR. La verdad entera.

AND. Tal pregunta

ENR. Hablaron antes
aqui mal de ella.

AND. ¡Tunántes!
—Una calumnia grosera,
—Mas pronto la pagará
su autor.

ENR. ¿Y cómo ha de ser?
(Como no comprendiendo.)

AND. El primo de tu mujer
con él á batirse vá.

ENR. ¿Cuándo? (Asaltado por una idea.)

AND. Pronto.

ENR. ¿Dónde?

AND. Ahí.
Á dos pasos... ya fué á verle
¿Qué haces? (Viendo que se dirige al fondo.)

ENR. Voy á proponerle
que me deje el puesto á mí.
No tiene nada que ver
que ya no viva á mi lado;
á mi esposa han insultado,
yo la debo defender.
Castigaré en el terreno
al que su nombre atropella,
¡Gracias á Dios que por ella
puedo hacer algo de bueno!
(Sale, Andrés vá á seguirle, oye ruido y vé á Amalia)

ESCENA VII.

ANDRÉS,—AMALIA, seguida de una criada.

AMAL. ¡Ah! (Viendo á Enrique cuando se aleja.)
—¿Es mi marido?
(Yendo al encuento de Andrés.)

Entra. (A la criada.)
¿Es Enrique?

AND. El mismo. Es
el amigo que esperaba,
segun se lo dije á usted.

AMAL. Pero usted me ocultó el nombre.

AND. Era una intriga con buen
fin, con el de hacer que ustedes
se encontraran, toda vez
que él se vá de España acaso
para nunca mas volver.

AMAL. ¿Se marcha? (Con emocion)

AND. Su nuevo cargo
la impone, Amalia, el deber
de hacerlo: yo no quisiera
que se fuera solo él,
y despues de esa entrevista
ya solo falta que hacer
las paces... y satisfechos
quedaremos todos tres.

AMAL. ¡Ah! no, su afan agradezco,
pero es imposible!

AND. ¡Qué!

AMAL. Una vez ya la confianza
perdida, fuera á mi ver
difícil el recobrarla...
—No puedo olvidar que fué
á su juramento falso,
para mi cariño infiel.
Y aun suponiendo que puedan
sus desmanes merecer
perdon, volviendo á su lado
nuevas faltas temeré.
Y una sospecha continua
es un tormento tal vez
mayor que el de verse sola
porque han burlado su fé.

AND. Eso es decir que mi plan
de nada ha servido, pues.
Que receto y no se curan
los enfermos. ¡Si ha de ser!
(Queriendo convencerla.)

¡Qué demonio! El pobre Enrique
bien castigado se vé.
¡Digo! ¡un hombre que es casado
y que no tiene mujer!...

AMAL. Pero si de esos proyectos
se habia enterado él
y sabe que estoy aqui,
¿cómo se marcha sin ver
á su esposa? ¡Eso es indigno!

AND. Señora, le diré á usted.

AMAL. ¿Pues qué, porque yo no piense
nunca á su lado volver,
basta para que me trate
con semejante desden?

AND. (¡Dále!) Si no... se ha marchado,
porque tenia que hacer.

AMAL. ¡Gran razon!

AND. Digo...

AMAL. No se hable
de ese asunto mas, Andrés.

AND. Pues la verdad.—Vá á batirse.

AMAL. ¡A batirse!

AND. Y por usted.

AMAL. ¡Por mí!

AND. Ha sabido el suceso
de anoche, y desea ser
el defensor de su esposa.
(¡Ajá! ya se lo encajé.)

AMAL. ¡Y le ha dejado usted irse!
—¡Y yo que no le llamé!
corra usted.

AND. Está cumpliendo,
señora, con su deber.

AMAL. Yo solo miro que está
su vida en peligro...
(A Ricardo que sale por el fondo.)
Ven. (Váse Andrés.)

ESCENA VIII.

AMALIA,—RICARDO.

AMAL. ¿Y mi marido?
RIC. Batiéndose
quedaba... yo lo iba á hacer;
pero él dijo que tenia
doble derecho tal vez;
y por mas que yo me opuse,
cogió las espadas él,
y con un arrojo digno
de la victoria á mi ver,
al otro se fué derecho.
AMAL. ¡Ah! (Cayendo en uua silla.)
RIC. Yo entonces me alejé
¿Pero por dónde ha venido?
Yo me sorprendí tambien.
AMAL. En ese duelo su vida
por mi causa vá á exponer. (Se levanta.)
RIC. No, no salgas, si á estas horas
se habrá acabado tal vez. (Amalia se sienta.)
Yo te ofrecí mi palabra
de no batirme, lo sé:
¡pero el honor!...—y tenia
tan bien estudiado aquel
golpe!
AMAL. Yo quiero salir
de esta ansiedad.
(Se dirige al fondo al tiempo que entra Enrique.)
—¡Ah! ¡Él es!
(En sus brazos.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS,—ENRIQUE, ANDRÉS.

AMAL. ¿Estás herido? (Tocándole.)
ENR. No, no:
tenia empeño en vencer
para volver á tu lado,

para suplicarte que
dando el pasado al olvido...
pues yo lo olvido tambien,
el cariño de otros dias
en tí vea aparecer.

AMAL. ¡Enrique!

ENR. Otro pensamiento
no tengo...—¡Testigo me es
Dios!—desde que de tu lado
por mi culpa me aparté,
si, Amalia, el afan contínuo
que en medio de mi cruel
remordimiento, al trabajo
me impulsaba...—solo fué
por lograrme una mediana
posicion, para despues
ofrecértela á la par
que mi amor.

RIC. (Á Andrés.) ¿La herida del
otro es grave?

AMAL. Tu amor es
lo único que yo ambiciono,
mas si me falta otra vez...

AND. (Acercándose.)
Si tiene tantos deseos
como tú, ¿á qué perder
tiempo?
(Árrojando á uno en brazos de otro.)

ENR. Mañana salimos
para Nápoles.

AND. Eso es.

ENR. Ricardo, aqui está mi mano,
trató usted de defender
á mi esposa... tal nobleza
en mi vida olvidaré.

RIC. Era mi deber.

ENR. ¿Y á tí
cómo he de pagarte, Andrés?...

AND. De un modo sencillo, haciendo
la dicha de tu mujer.
(Estrechando las manos de ambos.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, si se suprimen los dos versos señalados en la escena sexta del primer acto, y si á las voces manceba, querida, *tan prodigadas en el acto tercero, se sustituyen las de* amante, dama, *ú otras equivalentes, que no suenen tan mal á pesar de tener el propio significado.*

Madrid 19 *de mayo de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las enmiendas arriba citadas.

EL AUTOR.

BSB Bayerische StaatsBibliothek
MDZ Münchener DigitalisierungsZentrum Digitale Bibliothek

Ramos, Pedro Enrique

El bello Ideal

Madrid 1859
P.o.hisp. 184 p-74/79#Beibd.76
urn:nbn:de:bvb:12-bsb10608041-4